

las diversas zonas de las costas meridionales. Pero los colonos griegos, según hemos notado anteriormente, encontraron ya en la península establecido un fuerte pueblo de raza extranjera, al cual tuvieron parte que civilizar y parte que subyugar, y con el cual hubieron también de sostener una guerra difícil, de que ya hemos hecho mención. Fueron dos razas enteramente distintas las que encontraron los griegos en aquel país. Aquí todo lo que la crítica racional, ateniéndose á la observación y á las investigaciones eruditas sobre las pinturas encontradas en los subterráneos, ha podido descubrir, nos permite seguir la opinión de que el antiguo pueblo conocido de la Italia oriental era de raza iliria, á la cual pertenecían también en la Calabria y la Apulia los mesapios, los yapigios y algunos pueblos vecinos, y en las bocas del Po y de los ríos que bajan de los Alpes, los venetos. También en tiempos posteriores los romanos encontraron en los altos valles de los Alpes muchas razas ilirias desparramadas entre los celtas que habitaban aquellos valles. Sin embargo, los ilirios no llegaron á traspasar la muralla de los Apeninos.

Por otra parte, etnográficamente se presentan enfrente de los griegos los diversos miembros de la nación italiana propiamente dicha, los *italicos*, serie de pueblos que se extiende por la larga línea que media entre el golfo de Metaponto y la desembocadura del Tiber. Según las últimas investigaciones, el primitivo pueblo itálico se separó de los primeros griegos después de algún tiempo, y se estableció al fin en las inmediaciones del golfo Adriático, en la Alta Italia y en la península, bien impeliendo delante de sí ó á los lados á los ilirios itálicos, bien impelido por ellos hacia el Sur y el Sudoeste. Sucesivamente los diversos miembros de esta masa itálica se fueron separando uno de otro; y en tiempos que todavía pueden llamarse en parte «prehistóricos» se siguió, como consecuencia de este movimiento, una serie de emigraciones, que en cierto modo parecen haber tomado el carácter de diversas capas de pueblos sobrepuestas en el mismo país, acá y allá ligados por la dominación de los nuevos emigrantes sobre los antiguos, y por el paso de razas más numerosas sobre los restos de otras razas afines. La masa de los itálicos se nos presenta después dividida en dos grupos principales, uno al Occidente y otro al Oriente, cuya situación respectiva en lo que toca al dialecto y al carácter puede compararse con la de los griegos jonios respecto de los dorios. El grupo occidental, después que llegó á ser el pueblo dominante, fué designado con el nombre de «latino»; y en efecto, la raza latina era la única que debía alcanzar en las comarcas meridionales del Tiber una vida histórica de la más alta importancia. Todas estas razas afines establecidas en la parte occidental y meridional de Italia, los ausonios en la Campania, los itálicos en «Italia», esto es, en el «país de las vacas» (principalmente en el que después se llamó el Brucio), cuyo nombre, con la extensión de la dominación romana, se extendió á su vez á toda la península, como también los sicelios ó sículos que hemos conocido ya en Sicilia y asimismo los pueblos de la Campania, la Lucania y el Brucio, sufrieron desde muy temprano fuertes influjos exteriores. Fueron, en efecto, de tal manera dispersados ó debilitados por el influjo militar y civilizador de los griegos, que según podemos observar, guiados por la tradición, muy pronto sufrieron la conquista que hicieron los del joven grupo occidental, que con ímpetu se adelantaron hacia el Sur.

IV.—LOS UMBRO-SABELIOS. LOS ETRUSCOS. LOS PUEBLOS SABELIOS

El grupo oriental es conocido comúnmente con el nombre de «umbro-sabélico.» El tronco de esta rama de los itálicos eran los umbrios, que al principio se extendieron considera-

blemente entre los venetos, y los ligurios que al Occidente de aquellos habitaban el territorio superior del Po y la Etruria del Norte. La situación etnográfica de los salvajes ligurios que se civilizaron muy tarde y á los cuales quizá los umbrios tomaron la Italia oriental, es todavía tan oscura, que ni siquiera podemos decir con certidumbre que debieran su origen á la raza de los arias. Los umbrios se extendieron después también por la península, y sometieron la parte de territorio itálico que después se llamó Umbria y una gran porción del que habitaban los pueblos que posteriormente se designaron con el nombre de etruscos. No obstante, la emigración del más fuerte grupo de los itálicos orientales á las tierras altas de la Italia central y meridional parece que fué impulsada por la presión irresistible que ocasionó la irrupción de una nueva y para ellos extraña nación en la comarca del Po. Esta nación era la de los «etruscos ó rasenas.»

Los etruscos, cuya existencia, mucho más interesante que la de los rudos ligurios, á pesar de los grandes trabajos practicados por los modernos investigadores, se nos aparece en muchos puntos como un enigma, se mantuvieron durante muchos siglos extraños y hostiles á los itálicos. En los monumentos se les pinta como hombres de baja estatura, de cabeza grande, de cortos y robustos brazos, y de desproporcionadas formas, al paso que la esbeltez era característica de los griegos y de los itálicos. Este pueblo que como vemos era tan distinto del itálico, hablaba un idioma, acerca del cual se han hecho suposiciones muy distintas y cuyos caracteres no nos son bien conocidos. En una palabra; mientras por un lado se presentan ciertas semejanzas entre los etruscos y los itálicos, especialmente los latinos y sus idiomas, por otro la situación de la lengua etrusca entre las demás es tan distinta y especial, que apenas puede aceptarse como fuera de toda duda su procedencia de la familia indo-germánica. En cambio, es opinión general que los rasenas penetraron en la Alta Italia procedentes de las laderas meridionales de los Alpes réticos y desalojaron á los umbrios de las comarcas que habitaban en la orilla izquierda del Po, probablemente en la misma época en que acontecían en la península de los Balcanes aquellos movimientos de pueblos que terminaron con la emigración tesálico-dórica. Los etruscos, que lindaban al Este del Adigio con los venetos y al Oeste con los ligurios, y que se hallaban protegidos por plazas como Mantua y Melpum, arrebataron á los umbrios una gran parte de su territorio al Sur del Po y de los Apeninos, y probablemente llegaron á ser la nación dominante, á costa de los restos de los umbrios que habían permanecido en su patria y que fueron por ellos sojuzgados. En las comarcas bajas del Sur del Po fundaron los etruscos poblaciones como Rávena y Felsina (la actual Bolonia); pero su verdadera importancia histórica comenzó cuando conquistaron los territorios que se extendían entre los Apeninos (ó hablando con más precisión, el Arno) el Tiber y el mar Tirreno, territorios que todavía conservan el nombre de Etruria, y donde se sostuvo especial y constantemente este maravilloso pueblo. Según parece, durante el siglo segundo de Roma conquistaron los romanos la parte septentrional de la Etruria, ó sea el territorio comprendido entre el monte Cimino y el Tiber, de suerte que los sojuzgados habitantes umbrios de esta comarca, después de la victoria de los romanos, se latinizaron rápidamente.

Se acepta, por lo común, que la poderosa presión que los rasenas ejercieron sobre la masa de los umbrios fué lo que indujo á las distintas tribus de esta rama de los itálicos á extenderse en son de conquista por el centro y el Sur de la península de los Apeninos. Este movimiento de avance que tan directamente sintieron los latinos en la época en que Roma era dominada por los reyes, se llevó á cabo en el

sistema de montañas y en las elevadas comarcas de los Apeninos, pero de tal suerte, que algunas porciones de las hordas invasoras penetraron en el territorio de los pueblos latinos, como por ejemplo, los pueblos algo afines á los umbrios que se fijaron á ambas orillas del Liris superior y los equos que se establecieron en el alto Anio. Aquí y allí se mezclaron, según parece, los elementos del Oriente de Italia con los del Occidente, mezcla á que debió una parte de su importancia el pueblo romano, que era en su origen latino.

Los umbrios propiamente dichos, que en los tiempos históricos aparecen limitados á las comarcas del Este del Tiber superior, dejaron de ser el pueblo escogido y principal de los itálicos que invadían las partes central y meridional de la península. Como pueblo matriz del Sur de Italia, podemos señalar con más fundamento á los sabinos, cuya residencia encontramos más tarde al Sur de Umbria: el valle superior del Aterno, es decir, la extensa llanura del Amiterno ó Aquila, circuida al Norte y al Nordeste por el Gran Sasso y al Sur y Sudoeste por las ramificaciones del Velino, fué su primitiva patria y Testrina su capital. De esta parte de los Apeninos procedieron las invasiones de los sabinos hacia el Oeste, es decir, hacia el Tiber, descendiendo á la comarca baja latina, y la gradual agitación y conquista de los cantones centrales y meridionales de la península, especialmente durante la caída de la monarquía de Roma. El rápido y poderoso incremento que tomaron los pueblos de origen sabino se debió especialmente á una institución en aquel tiempo entre ellos floreciente, cual fué la expedición de la llamada *primavera santa*. Era costumbre entre esta parte de los itálicos prometer á la divinidad, en los casos de guerra difícil ó de epidemia, una *primavera santa*, en vez de los primitivos sacrificios humanos; y á consecuencia de esta promesa, todos los niños y reses que nacían en la primavera siguiente eran consagrados á los dioses infernales, especialmente á Marte. Las reses eran sacrificadas, y los niños de ambos sexos, al llegar á la edad de 20 años, «al modo que los enjambres de abejas emigran al llegar la primavera,» traspasaban los límites de su patria y tenían que conquistarse nuevas residencias. De estas colonizaciones, á las cuales acompañaban los toros, lobos y picos (1), animales sagrados de Marte, nacieron después las tradiciones de los itálicos orientales, es decir, los orígenes de los distintos pueblos sabelios: así por ejemplo, el Piceno debió su población sabelia á una colonia que se estableció en aquel territorio «dirigida por un pico.» Igual origen tuvieron los vestinos del Gran Sasso, los marrucinos de Chieti, los pelignos del monte Majella, en cuyo territorio florecieron más tarde los importantes lugares de Corsinio y Sulmona, y los marsos del lago de Celano, que lindaban con los equos y los volscos: todos estos pueblos abrazaban por el Este y el Sur, en forma de semicírculo, la antigua comarca de los sabinos. El pueblo más importante de todos estos eran los fuertes y poderosos samnitas, que, compuestos á su vez de distintas tribus, entre las cuales sobresalían las de los frentanos, hirpinos y caudinos, desde la cuenca del Sangro se apoderaron, al Sur de la comarca de los marsos y pelignos, de toda la alta comarca de los Apeninos que se extendía al Sur de los Abruzzos. Desde aquí se extendieron los sabelios, á costa de los habitantes yapigios, por una parte de la Pulla, y conquistaron, en plena época histórica, y formando nuevos pueblos, las comarcas occidentales y meridionales que, como la Campania y la Lucania, tanta importancia tuvieron en la historia romana. En el Lacio propiamente dicho, se unieron los sabelios con los hérnicos, cuyas fronteras lindaban con el país

de los marsos, y penetraron en los territorios que se extendían al Oeste de la corriente superior del Liris, entre los equos y los volscos, conquistando la posición de tanta importancia les dió durante los primeros tiempos de la república romana. En cambio, el empuje de los sabinos en dirección al Tiber y á la joven Roma, fué causa de que se mezclara una parte de este pueblo itálico con los romanos latinos, hecho de tanta trascendencia en el porvenir del Estado romano.

Los romanos, cuando llegaron al apogeo de su desarrollo militar y político, lucharon enérgicamente y casi sin excepción con todos los pueblos itálicos que se extendían desde las costas de la cuenca marítima de la Alta Italia hasta el estrecho de Reggio. Pero á su perfeccionamiento y en parte también á su desarrollo etnográfico, contribuyeron en alto grado las tres tribus, cuyas fronteras se extendían junto á las de la ciudad de las siete colinas y junto al Tiber inferior. Tales fueron los latinos, los sabinos y los etruscos, acerca de cuyos pueblos diremos algunas palabras, antes de entrar en la historia de Roma, que relativamente comenzaba entonces á desarrollarse, y que solo aparece revestida de cierta importancia en la época en que dos de aquellas tribus de Italia, los latinos y los etruscos, habían ya llegado, por decirlo así, á su apogeo histórico.

V.—LOS LATINOS. LATINOS Y SABINOS. ANTIGUA RELIGION DE ITALIA

El elemento que desde un principio preponderó entre los romanos fué el latino, lo cual era natural, pues que Roma en su origen era solo un miembro de la familia latina. Los latinos históricos habitaban una comarca de igual extensión que el Atica griega, situada entre el bajo Tiber, con una costa dotada de pocos é insignificantes puertos, y las montañas de los volscos y de los Apeninos, teniendo al rededor de la Acrópolis natural del país, las pintorescas colinas de Alba, comarca circuida por los volscos, los hérnicos, los equos, los sabinos y los umbrios que luchaban al Norte del Tiber contra la invasión etrusca. Los latinos, después de haberse establecido definitivamente en dicha comarca y de haberse dedicado á la vida agraria, consiguieron el grado de desarrollo que posteriormente con la fundación de nuevas ciudades y mediante sus mutuas relaciones, dió origen á una liga federativa. Los miembros que la componían completaron la antigua división en cantones, cuyo centro era una ciudad, en la cual el edificio de la asamblea, los templos comunes y la plaza pública, destinada al tráfico general, estaban unidos á una fortaleza de refugio que servía, en tiempo de guerra, para guardar los rebaños, las personas y los bienes muebles. Tales puntos de defensa, que estaban comúnmente en las cimas de algunas colinas fortificadas, alcanzaron poco á poco en esta comarca la misma importancia que en Grecia las Acrópolis. Los latinos, siguiendo el ejemplo de aquellas tribus griegas que hasta muy posteriores tiempos no adoptaron las costumbres de los etolios y los habitantes de los cantones occidentales de la Arcadia, se agruparon al rededor del *arx*, del Capitolio, ó del castillo, fundando ciudades que después fueron cerradas y protegidas por murallas. La primera de estas residencias de los latinos fué probablemente el distrito de las montañas de los albanos, pues ya en la primera época de la historia romana existía la ciudad de Albalonga, situada entre dichos montes, el monte Calvo y el lago Albano. Los cantones latinos, con sus caudillos, su consejo de ancianos y su asamblea de hombres aptos para el servicio de las armas, eran en sus primeros tiempos completamente autónomos. Pero, del mismo modo que en los distintos cantones de Grecia, anteriores al sistema político de la hegemonía, se fué desarrollando paulatinamente en el Lacio una especie de federación, que mantenía políticamente

(1) Ave trepadora.

(N. del T.)



unidas las distintas poblaciones latinas cuyo número ascendía probablemente á treinta. El distrito de Alba fué considerado como el mas antiguo y el mas principal: en el monte Albano se reunian anualmente los confederados para celebrar la fiesta dedicada á Júpiter Latiar. El edificio en que se reunian los representantes de las comunidades latinas, estaba situado junto á las fuentes del Ferentina.

La organizacion política de la confederacion nos es muy poco conocida; sin embargo, se cree que la igualdad social se hallaba tan extendida desde los primeros tiempos, que cada ciudadano de una ciudad latina podia tener hijos legítimos de una ciudadana latina, poseer bienes y ejercer el comercio en cualquier punto del Lacio. En cambio, las instituciones en todo lo demás dejaban mucho que desear. A pesar de que convenia á la confederacion tener una jurisdiccion y un severo derecho penal para las violaciones del derecho federal, y crear un tribunal que pusiera término á las luchas entre los distritos y las ciudades, no parece haberse logrado introducir una limitacion del derecho de cada comunidad independiente en las cuestiones de paz y de guerra. No faltaron, probablemente, colisiones entre las comunidades confederadas, y es objeto de duda si en caso de guerra se obligaba á cada una de ellas á tomar parte en la lucha con sus respectivas fuerzas.

Mas adelante veremos la participacion que tuvieron los elementos sabinos en la formacion de Roma, latina por sus orígenes. El desarrollo político de estos y de sus mas próximos pueblos afines, fué durante mucho tiempo inferior al de los latinos. Entre los pueblos sabelios, especialmente entre los mas antiguos, el paso á la vida de ciudad se llevó á cabo de un modo harto lento é incompleto, hasta el punto de que el tráfico mercantil solo lo encontramos entre los samnitas y la ciudad comercial griega de Tarento. Únicamente las distintas tribus de los samnitas formaron una liga federativa de cierta fuerza; pues los sabinos y sus vecinos los pueblos sabelios que habitaban las montañas del centro de la península, permanecieron aislados entre sí en sus respectivos cantones. La poblacion de estos, limitada por la antigua y halagüeña constitucion de las razas, se contentaba para su defensa con sus casi inaccesibles alturas y con las cimas de sus colinas, que gradualmente iban fortificando; vivian una vida esencialmente agrícola y habitaban en residencias completamente abiertas.

No fueron estos ciertamente los rasgos característicos que á los romanos aportaron los sabinos, á quienes encontramos en posesion de un extenso territorio que se extendia al Norte hasta Nursia, al Nordeste hasta el valle superior del Tronto, al Sur hasta las fronteras de los marsos, y al Oeste por Rieti hasta el Tíber central, Cures y Ereto. La tarea de fijar los caracteres que separaron entre sí á los latinos y sabinos es mucho mas difícil que la de señalar los que distinguen á los jonios de los dorios. En ambos pueblos se hallan en alto grado los rasgos itálicos generales, faltando en ellos la influencia de la vida marítima que permitió á los jonios, en tiempos anteriores, emprender nuevos rumbos que no pudieron seguir la mayor parte de los dorios. Las lenguas que hablaban ambos pueblos solo contenian meras diferencias de dialectos, y asimismo encontramos grandes semejanzas en lo que toca á usos, costumbres, cultos é instituciones jurídicas. La diferencia mas notable que entre ellos existia era que los latinos, en el período de sus mas íntimas relaciones con los sabinos, dotados de distintas disposiciones naturales y de distinto modo de sentir, se distinguían de esos últimos por su mayor grado de cultura. Los latinos se nos presentan como un pueblo esencialmente agrícola, sin que en ellos se hubiese dejado sentir, como entre los pueblos de las costas de la Baja Italia y en parte entre los rasenas, la influencia grie-

ga, y sin que se mostraran tan reacios al trato de la gente como los sabinos que, durante tanto tiempo, permanecieron casi en estado primitivo, encerrados en sus montañas. El carácter agrícola, tal como se nos ofrece en los pueblos rurales de las llanuras, constituye el sello distintivo de los latinos, unido en este pueblo á la energía, á la perseverancia y al genio esencialmente conservador. Todo ello, sin embargo, junto con una gran formalidad y una cierta grandeza, forma los caracteres comunes á los latinos y á los sabinos; solo que estos últimos, pueblos montañoses, además de esa gran formalidad moral, estaban dotados de una extremada frugalidad y templanza, de una rigurosa disciplina, de una cierta sencillez, una volubilidad de espíritu, un apego excesivo á la antigua existencia patriarcal y unas instituciones tradicionales, al paso que fueron característicos de los latinos la afición á la sátira, que dominó en Roma hasta el imperio, y la jovialidad que encontramos en las fiestas populares. Cuando los caracteres distintivos de ambos pueblos se fundieron en los romanos, formando un todo armónico, estos conservaron, al parecer, como herencia de los sabinos, la rigidez que les caracterizaba y la austeridad, la dureza, la perseverancia, la ductilidad y la terrible energía que les hicieron superiores á los demás pueblos latinos. En cambio, en el desarrollo de la vida constitucional de Roma aparece el espíritu mas voluble y mas racional de los latinos, los cuales, en los altos intereses de la organizacion política y del desarrollo vital de la constitucion, no atendieron tan rigurosamente como los sabinos á lo antiguo, antes bien procuraron dar lugar y espacio á lo nuevo.

En religion, como en todo, son muchos los caracteres comunes á los latinos y los sabinos. Ciertamente solo tenemos datos positivos respecto del culto que á los dioses prestaban los latinos; pero se tiene por seguro que las ceremonias y el ritual sabelicos, con distintos matices en las diversas localidades, descansaban en fundamentos muy análogos á los de la religion del Lacio. Así como entre los griegos y los itálicos, aparte de algunas diferencias especialmente del orden espiritual, existian tantas analogias en punto á idioma, á civilizacion, á la vida doméstica, al vestido y á las armaduras, del mismo modo en lo tocante á creencias populares encontramos, así en Grecia como en Italia, analogía de manifestaciones simbólicas y alegóricas, lo propio que iguales imágenes y ritos en las dos mitologías. Pero solo en una época muy posterior se introdujo en Italia en toda su plenitud el culto de las divinidades griegas. La formacion de la religion itálica, tal como la conocemos en las formas de los latinos y especialmente de los romanos, tomó en los antiguos tiempos una tendencia especial: lleva impreso el sello agrario, y sus dioses son divinidades de la abundancia de cereales y de la fecundidad de los animales: las formas de estas divinidades no son plásticas, sino de naturaleza impersonal. A diferencia de lo que observamos en Grecia, donde se nos presenta el antropomorfismo con tanta variedad de formas y de colores, predomina en Italia el concepto ideal, es decir, las divinidades son concebidas como abstracciones de la naturaleza terrestre; y la personificacion corporal de los dioses es tan tenue, tan originariamente rígida, que la imagen de los mitos y la manifestacion artistica no encuentran modo de tomar cuerpo. El servicio primitivo de los dioses latinos no comprendia, antes de dejarse sentir en él la influencia griega, ni artistas que reprodujeran las imágenes de las divinidades, ni templos en donde se les tributaran los homenajes debidos. Toda la vida de la naturaleza, aun en aquellos detalles mas íntimos de la actividad humana y especialmente de la agrícola, se hallaba representada en aquella religion que, sin caracteres ideales, sin entusiasmo moral y sin misterios, fué anti-fantástica, fría y racionalista, y sirvió ante todo para fines puramente prácticos.

Esto último aparece claramente en el culto de los dioses y en sus distintas ceremonias. Las fiestas religiosas, en las cuales se ponía de relieve la austeridad de este pueblo, estaban consagradas en parte á expresar la alegre satisfaccion y en parte á reconciliarse y á captarse la simpatía de los dioses, para que les conservasen la vida y la prosperidad. Todos los cultos toman su origen en la agricultura, en la cria de ganado, en la procreacion y en la vida doméstica, dominando en todas partes los intereses agrícolas. No falta, por cierto, en ellos un rasgo moral que relacionando con la mitología todas las culpas y los castigos terrenales de los hombres, hace de aquellas un delito contra los dioses y de estos una expiacion de las faltas. «El sacerdocio romano creó para sus pueblos una ley moral, en virtud de la cual las obligaciones y las faltas morales de los hombres eran llevadas, en el sentido y en los intereses de la disciplina y órden cívicos, ante el tribunal de los dioses y las culpas castigadas con penas divinas,

cuya ejecucion, según el derecho humano, estaba, sin embargo, reservada al jefe del Estado.» Junto á los caracteres prácticos de esta religion agraria se desarrolló un servicio ceremonial sumamente rígido y estricto. Las diversas divinidades tenian todas determinados derechos á que se les hiciesen ciertas prestaciones divinas, tales como oraciones y sacrificios. Lo principal era conservar el favor de los dioses y apaciguar sus iras cuando habia habido negligencia en la santificacion ó esta se habia hecho de un modo poco conveniente; y así nacieron una aprension supersticiosa y un temor especial á los dioses que repetidas veces nos place encontrar en la historia de los romanos.

VI.—LOS ETRUSCOS. EL ARTE DE LOS ETRUSCOS. CONSTRUCCIONES ETRUSCAS

Al llegar á este punto, debemos hablar del tercero de los pueblos de la península que desde la cuna de la ciudad del



Anfora etrusca (Cervetere)



Copa etrusca



Joyas etruscas

Tíber, futura dominadora del mundo, fundaron en aquel territorio su poder: nos referimos á los etruscos, que si influyeron poco en la formacion etnográfica del pueblo romano, en cambio ejercieron importante influencia en la vida íntima del mismo. Los rasenas, que tan brillante papel desempeñan en la antigua historia de la república romana, tomaron rápido incremento en la Etruria, probablemente á consecuencia de su trato con los griegos. Los navegantes griegos no quisieron limitarse por mucho tiempo á ocupar sencillamente las ciudades y puertos griegos de la Campania, sino que hacian frecuentes excursiones á las costas del Lacio, unas veces como comerciantes, otras como corsarios.

Los griegos, para explotar las riquezas del suelo y asegurar su comercio, se habian enseñoreado de muchos puntos de las costas de Etruria. Las minas de cobre y de hierro de la isla de Elba, probablemente las de plata de Populonia y del puerto de Telamon, y con seguridad las localidades de Alsio y Pírgi, en las cercanías de Cervetere, se encontraron por bastante tiempo en manos de los griegos. Pero mientras existian buenas relaciones mercantiles entre los latinos y los antiguos habitantes del Sur de Etruria, por un lado, y los griegos por otro, y Cervetere era el centro de un animado comercio, en el cual despues tomaron parte los fenicios, el ejemplo de los griegos produjo muy distinto efecto en la masa de los rasenas de Etruria, los cuales, no menos rápidamente que los alemanes vándalos que muchos siglos despues invadieron el Africa, llegaron á ser atrevidos navegantes. Los etruscos conservaron durante muchos siglos la soberania del mar que ellos llamaban occidental, defendiéndola con el auxilio de Cartago contra los griegos focenses

que se la disputaban, soberania que no se vió seriamente conmovida hasta el advenimiento de Hieron I sucesor del gran Gelon de Siracusa. Los etruscos desempeñan en este punto, ya como temibles corsarios, ya como comerciantes, un importantísimo papel: muy pronto sentaron sus reales en las costas de la Italia central y de la Campania, en donde se establecieron y extendieron casi confundidos con los griegos. Sorrento, al Sur, y Ancio en las costas latinas estaban en su poder, y bajo su supremacia permanecieron tambien temporalmente los volscos.

El comercio de los etruscos, mientras estuvieron establecidos en los territorios comprendidos entre las costas de Etruria, los Alpes y la desembocadura del Po, fué importantísimo: llegaba por el Noroeste hasta las llanuras y por el Norte hasta mas allá de los Alpes: de los mares de Oriente recibian el ámbar; en cambio, los productos del suelo etrusco, tales como excelentes granos, el hierro y cobre de Elba, el cobre de Volterra y Campania y la plata de Populonia, eran universalmente apreciados.

El animado tráfico con los griegos, y especialmente en tiem-



Candelabro de bronce (Clusio)